EL EVANGELIO DE LA SALUD

1. La Suegra de Simón (Mc 1,29-32)

Y enseguida, al salir ellos de la sinagoga, fue con Santiago y Juan a la casa de Simón y Andrés. La suegra de Simón estaba en cama con fiebre, e inmediatamente le hablaron de ella. Él se acercó, la cogió de la mano y la levantó. Se le pasó la fiebre y se puso a servirles. Al anochecer, cuando se puso el sol, le llevaron todos los enfermos y endemoniados.

Comenzamos estos comentarios a las curaciones de enfermedades que Jesús hace, por el Evangelio de San Marcos. La primera curación de una enfermedad que encontramos es la curación de la fiebre que padecía la suegra de San Pedro. Comienza el Señor en lo íntimo del hogar; la esposa de Pedro debió quedar muy agradecida. En la Capilla sixtina, en la pintura de la creación, del contacto del dedo de Dios con el dedo del hombre brota la expresión de la vida para toda la humanidad; aquí, en San Marcos, en la intimidad de la familia, del contacto de la mano de Cristo con la mano de la enferma brota la curación y la salud, el afecto y el reconocimiento agradecido, como preludio de la misma resurrección del Señor; Pedro se lo ha de haber contado así a Marcos: ella se pone a servir, y es que el agradecimiento de quien ha sido salvado por Cristo no puede sino traducirse en servicio al Señor Jesús.

2. Jesús sana a un leproso (Mc 1,40-45)

Se le acerca un leproso, suplicándole de rodillas: «Si quieres, puedes limpiarme». Compadecido, extendió la mano y lo tocó diciendo: «Quiero: queda limpio». La lepra se le quitó inmediatamente y quedó limpio. Él lo despidió, encargándole severamente: «No se lo digas a nadie; pero para que conste, ve a presentarte al sacerdote y ofrece por tu purificación lo que mandó Moisés, para que les sirva de testimonio». Pero cuando se fue, empezó a pregonar bien alto y a divulgar el hecho, de modo que Jesús ya no podía entrar abiertamente en ningún pueblo; se quedaba fuera, en lugares solitarios; y aun así acudían a él de todas partes.

Decimos que querer es poder, pero tantas veces nos equivocamos. Sólo en Jesús de veras querer es poder. Además de la enfermedad física el Señor cura la marginación social y da una nueva convivencia a este hombre que se encontraba separado del pueblo. Sus milagros son algo público y con resonancias en la vida social. Y es un nuevo consenso el que genera, ya que no podía entrar en ningún pueblo, pues su fama le aventajaba. El nos ha curado también a nosotros. El anuncio de nuestra curación al mundo, ¿ha generado este consenso entre la gente de manera que todos se arrojen a los pies del Señor como el único que salva? Se habla de la salud de la tierra y que junto con su enfermedad va aparejada también la enfermedad de todos nosotros. El único que puede curar a la tierra en su ecosistema es Jesucristo, pues es el único que puede hacer que los hombres dejemos de destruir nuestro planeta, ya sea mediante la devastación de recursos naturales, ya sea mediante la polución por residuos radioactivos y similares de parte de las grandes potencias. Esta nueva lepra es Él el único que la puede curar desde el gran precepto de querernos de veras unos a otros.

3. El paralítico (Mc 2,1-12)

Cuando a los pocos días volvió Jesús a Cafarnaún, se supo que estaba en casa. Acudieron tantos que no quedaba sitio ni a la puerta. Y les proponía la palabra. Y vinieron trayéndole un paralítico llevado entre cuatro y, como no podían presentárselo por el gentío, levantaron la techumbre encima de donde él estaba, abrieron un boquete y descolgaron la camilla donde yacía el paralítico. Viendo Jesús la fe que tenían, le dice al paralítico: «Hijo, tus pecados te son perdonados». Unos escribas, que estaban allí sentados, pensaban para sus adentros: «¿Por qué habla este así? Blasfemia. ¿Quién puede perdonar pecados, sino solo uno, Dios?». Jesús se dio cuenta enseguida de lo que pensaban y les dijo: «¿Por qué pensáis eso? ¿Qué es más fácil, decir al paralítico: “Tus pecados te son perdonados”, o decir: “Levántate, coge la camilla y echa a andar”? Pues, para que veáis que el Hijo del hombre tiene autoridad en la tierra para perdonar pecados —dice al paralítico—: “Te digo: levántate, coge tu camilla y vete a tu casa”». Se levantó, cogió

inmediatamente la camilla y salió a la vista de todos. Se quedaron atónitos y daban gloria a Dios, diciendo: «Nunca hemos visto una cosa igual».

En la Organización Mundial de la Salud, la salud se define como un estado de bienestar físico, mental y social. La ligazón con el bienestar físico del mental y del social son del todo necesarios. Cristo lo sabe perfectamente: entre el perdón de los pecados y que se levante el paralítico hay un nexo profundo. Los males, las enfermedades, los dolores afectan al hombre en toda su profundidad, más aún, la fuente de todos los males está en ese desarreglo total de la persona que se llama pecado. Es una verdad que pareciera ajena al pensamiento actual, aunque como lo estamos viendo ahora es recurrente. Existe una ligazón entre el pecado y el mal físico, no necesariamente en este individuo humano concreto, sino en el total solidario de la humanidad. En esto consiste la Redención que Cristo viene a traer, en quitar en totalidad el mal del mundo. Este es el sentido de la resurrección, es el levantarse el paralítico de su camilla e irse a vivir en su verdadera casa que está por construirse en su futuro absoluto.

4. El Tullido (Mc 3,1-6)

Entró otra vez en la sinagoga y había allí un hombre que tenía una mano paralizada. Lo estaban observando, para ver si lo curaba en sábado y acusarlo. Entonces le dice al hombre que tenía la mano paralizada: «Levántate y ponte ahí en medio». Y a ellos les pregunta: «¿Qué está permitido en sábado?, ¿hacer lo bueno o lo malo?, ¿salvarle la vida a un hombre o dejarlo morir?». Ellos callaban. Echando en torno una mirada de ira y dolido por la dureza de su corazón, dice al hombre: «Extiende la mano». La extendió y su mano quedó restablecida. En cuanto salieron, los fariseos se confabularon con los herodianos para acabar con él.

El tiempo libre es muy importante en la sociedad actual, pero su importancia radica en que sea libre para encontrarse con Dios y con los demás, lo importante es que sea tiempo sagrado y por tanto, libre verdaderamente. Con frecuencia estamos tullidos por convenciones que la cultura actual del consumismo nos ha introyectado y debemos tener ya la libertad de extender la mano y ser humanos:

encontrarnos con Dios y con los hermanos. Esto significa el día de fiesta, el día en que si bien no trabajamos, no perdemos el tiempo, sino que tenemos la capacidad de construirnos en la libertad abriéndonos en especial al horizonte infinito de Dios, pisando en lo concreto de la tierra de las necesidades de nuestros hermanos. Debemos recuperar el sentido profundo de la sacralidad del tiempo.

5. La hija de Jairo y la hemorroísa (Mc 5,21-43)

Jesús atravesó de nuevo en barca a la otra orilla, se le reunió mucha gente a su alrededor y se quedó junto al mar. Se acercó un jefe de la sinagoga, que se llamaba Jairo, y, al verlo, se echó a sus pies, rogándole con insistencia: «Mi niña está en las últimas; ven, impón las manos sobre ella, para que se cure y viva». Se fue con él y lo seguía mucha gente que lo apretujaba. Había una mujer que padecía flujos de sangre desde hacía doce años. Había sufrido mucho a manos de los médicos y se había gastado en eso toda su fortuna; pero, en vez de mejorar, se había puesto peor. Oyó hablar de Jesús y, acercándose por detrás, entre la gente, le tocó el manto, pensando: «Con solo tocarle el manto curaré». Inmediatamente se secó la fuente de sus hemorragias y notó que su cuerpo estaba curado. Jesús, notando que había salido fuerza de él, se volvió enseguida, en medio de la gente y preguntaba: «¿Quién me ha tocado el manto?». Los discípulos le contestaban: «Ves cómo te apretuja la gente y preguntas: “¿Quién me ha tocado?”». Él seguía mirando alrededor, para ver a la que había hecho esto. La mujer se acercó asustada y temblorosa, al comprender lo que le había ocurrido, se le echó a los pies y le confesó toda la verdad. Él le dice: «Hija, tu fe te ha salvado. Vete en paz y queda curada de tu enfermedad». Todavía estaba hablando, cuando llegaron de casa del jefe de la sinagoga para decirle: «Tu hija se ha muerto. ¿Para qué molestar más al maestro?». Jesús alcanzó a oír lo que hablaban y le dijo al jefe de la sinagoga: «No temas; basta que tengas fe». No permitió que lo acompañara nadie, más que Pedro, Santiago y Juan, el hermano de Santiago. Llegan a casa del jefe de la sinagoga y encuentra el alboroto de los que lloraban y se lamentaban a gritos y después de entrar les dijo: «¿Qué estrépito y qué lloros son estos? La niña no está muerta; está

dormida». Se reían de él. Pero él los echó fuera a todos y, con el padre y la madre de la niña y sus acompañantes, entró donde estaba la niña, la cogió de la mano y le dijo: Talitha qumi (que significa: «Contigo hablo, niña, levántate»). La niña se levantó inmediatamente y echó a andar; tenía doce años. Y quedaron fuera de sí llenos de estupor. Les insistió en que nadie se enterase; y les dijo que dieran de comer a la niña.

La enfermedad, tanto de esta niña como la de la hemorroísa, tiende a la muerte, y la muerte se impone con toda su terrible realidad. San Marcos nos ha hecho palpar esta plasticidad; sus relatos tan vívidos nos ayudan a casi estar allí presentes y participar de los acontecimientos. Y nos ayudan a escuchar a Jesucristo que lo que nos pide es la fe. Porque sin la fe no podemos entender estos milagros, ya que nos llevan no sólo a constatar que ha acaecido una curación de la hemorroísa y una resurrección de la hija de Jairo, sino que nos debemos poner frente a la opción por la fe de llegar a nuestra propia curación y a nuestra propia resurrección. Más aún, San Marcos en estos milagros curativos, nos sitúa frente a la practicidad de la propia resurrección de Cristo nuestro Señor, no como algo lejano que domina un hecho nebuloso de la historia, sino como la razón de ser de toda nuestra existencia. Cristo ha resucitado, por eso resucita y cura, y por eso nos cura y nos resucitará. Este doble milagro no nos puede dejar como simples espectadores, sino que está hecho para envolvernos en su dinámica y precipitarnos en la más profunda fe en Cristo el resucitado que es tal porque nos resucita. Esta es la perspectiva para poder entender los milagros de las curaciones. Es la presencia de la palabra de la Vida frente a la desolación de la muerte, y la victoria de la Palabra, Cristo, sobre nuestra propia mudez, la muerte. Es la actualidad de la novedad gozosa del anuncio clave de todo el Evangelio, hemos resucitado en Cristo resucitado.

6. El sordomudo (Mc 7, 31-37)

Dejando Jesús el territorio de Tiro, pasó por Sidón, camino del mar de Galilea, atravesando la Decápolis. Y le presentaron un sordo, que, además, apenas podía hablar; y le piden que le imponga la mano. Él, apartándolo de la gente, a solas, le metió los dedos en los oídos y con la saliva le tocó la lengua. Y mirando al cielo, suspiró y le dijo: Effetá (esto es, «ábrete»). Y al momento se le abrieron los oídos, se le soltó la traba de la lengua y hablaba correctamente. Él les mandó que no lo dijeran a nadie; pero, cuanto más se lo mandaba, con más insistencia lo proclamaban ellos. Y en el colmo del asombro decían: «Todo lo ha hecho bien: hace oír a los sordos y hablar a los mudos».

Jesús se acomoda al lenguaje del sordomudo para hacerse comprender de él. Le toca los oídos y la lengua, mediante el sentido del tacto le da a entender qué maravilla va a obrar. La comunidad primitiva quedó tan impresionada de este milagro que le dio luego todo su significado profundo de manera que la acción de Cristo la incorporó al rito del Bautismo, en donde el ministro toca los oídos del bautizando y su boca, para significar que oirá la Palabra de Dios y podrá pronunciar su alabanza. En este sordomudo la Iglesia ha visto desde su comentario litúrgico, a la humanidad que es sorda a Dios y que no puede pronunciar su alabanza. Es la realidad que ahora estamos viviendo con el Secularismo. Una humanidad sorda al mensaje evangélico, no lo oye, no le significa nada. Se necesita que Dios haga presente su fuerza liberadora desde el Bautismo para que la humanidad de nuevo escuche las maravillas que El Señor tiene reservadas para todos; y se necesita también que se le suelte la lengua para que pueda dar testimonio de ello.

7. El ciego (Mc 8, 22-26)

Llegaron a Betsaida. Y le trajeron a un ciego pidiéndole que lo tocara. Él lo sacó de la aldea, llevándolo de la mano, le untó saliva en los ojos, le impuso las manos y le preguntó: «¿Ves algo?». Levantando los ojos dijo: «Veo hombres, me parecen árboles, pero andan». Le puso otra vez las manos en los ojos; el hombre miró: estaba curado y veía todo con claridad. Jesús lo mandó a casa diciéndole que no entrara en la aldea.

Otro de los milagros de curación en los que Cristo Nuestro Señor emplea acciones sensibles al alcance de quien va a ser curado. La gradualidad puede ser la gradualidad en la fe; entre más va creyendo, más va realizándose el milagro en él. Y en cuanto a la sensibilidad, nos recuerda lo que llamamos religiosidad popular en la que vemos signos, tocamos, oímos, palpamos. Es toda la persona la que es requerida por la fe y es toda la persona la que se empeña en ella. No creemos sólo de una manera intelectual sino con toda la personalidad física, psíquica, mental y social. Dios, el invisible, se ha hecho visible en Cristo, y esta visibilidad se palpa también en los milagros que Cristo hace para dar la salud y que San Marcos narra con tanta vivacidad.

8. Muchos enfermos (Mt 15, 29-31)

Desde allí Jesús se dirigió al mar de Galilea, subió al monte y se sentó en él. Acudió a él mucha gente llevando tullidos, ciegos, lisiados, sordomudos y muchos otros; los ponían a sus pies y él los curaba. La gente se admiraba al ver hablar a los mudos, sanos a los lisiados, andar a los tullidos y con vista a los ciegos, y daban gloria al Dios de Israel.

Se trata de una revelación de Jesucristo como el Mesías a los pueblos paganos. Este es el sentido de "*subir al monte*". En el lenguaje bíblico, es en el monte donde se palpa la revelación y la presencia de Dios. La acción del Mesías es la de liberarnos del pecado y sus consecuencias como son las enfermedades, por eso es que la época mesiánica se inaugura con curaciones de toda clase y culmina en la resurrección. No es que tal o cual enfermedad se deba en esta o en aquella persona a tal o cual pecado cometido, sino que en general, las enfermedades se deban a la situación de pecado en la que se encuentra la humanidad desde el pecado del primer hombre. Ahora estamos ya liberados en Cristo. Si ahora todavía subsisten las enfermedades, éstas tienen ya otra connotación. Son fuerzas positivas que se juntan en la cruz de Cristo para producir la resurrección. Su presencia nos incita a luchar por hacerlas desaparecer y llegar así a la salud que Cristo nos brinda. La muerte incluso desaparecerá gracias a la resurrección de Cristo.

9. El criado del capitán romano (Mt 8,5-13)

Al entrar Jesús en Cafarnaún, un centurión se le acercó rogándole: «Señor, tengo en casa un criado que está en cama paralítico y sufre mucho». Le contestó: «Voy yo a curarlo». Pero el centurión le replicó: «Señor, no soy digno de que entres bajo mi techo. Basta que lo digas de palabra, y mi criado quedará sano. Porque yo también vivo bajo disciplina y tengo soldados a mis órdenes; y le digo a uno: “Ve”, y va; al otro: “Ven”, y viene; a mi criado: “Haz esto”, y lo hace». Al oírlo, Jesús quedó admirado y dijo a los que lo seguían: «En verdad os digo que en Israel no he encontrado en nadie tanta fe. Os digo que vendrán muchos de oriente y occidente y se sentarán con Abrahán, Isaac y Jacob en el reino de los cielos; en cambio, a los hijos del reino los echarán fuera, a las tinieblas. Allí será el llanto y el rechinar de dientes». Y dijo Jesús al centurión: «Vete; que te suceda según has creído». Y en aquel momento se puso bueno el criado.

En el mundo en el que nos ha tocado vivir, nos regimos por lo que vemos. Cuando se trata de la salud buscamos las medicinas y a los médicos, y de acuerdo a las aptitudes probadas por tal o cual medicamento esperamos o no la salud. Aquí se trata de algo totalmente distinto. Se trata de dar el paso hacia la confianza absoluta. Jesucristo es el dueño de la vida y procede con ella como un militar con sus subordinados en el sentido de mandarla venir o bien irse. Es lo mismo que decir que Jesucristo es Dios. Pues sólo Dios es el dueño de la vida. Este capitán cree y su criado se cura. Y este capitán entra al reino de Dios. Esta es la fe necesaria para entrar al reino.

10. Los dos ciegos (Mt 9, 27-31)

Quando Jesús salía de allí, dos ciegos lo seguían gritando: «Ten compasión de nosotros, hijo de David». Al llegar a la casa se le acercaron los ciegos y Jesús les dijo: «¿Creéis que puedo hacerlo?». Contestaron: «Sí, Señor». Entonces les tocó los ojos, diciendo: «Que os suceda conforme a vuestra fe». Y se les abrieron los ojos. Jesús les ordenó severamente: «¡Cuidado con que lo sepa alguien!». Pero ellos, al salir, hablaron de él por toda la comarca.

Al llamar estos ciegos a Jesús, hijo de David, confiesen que es el Mesías. En contraste con sus enemigos que no lo querían aceptar. Esto es, los ciegos ven antes de ser curados. El que los ciegos iban a ver era uno de los signos claros de que la época del Mesías había llegado. Ahora sólo se desarrollan las consecuencias: los ciegos creen en el Mesías y los ciegos son curados de su ceguera. Y en paradoja, los enemigos de Cristo que tenían los ojos sanos, no ven; en cambio, los ciegos, sí ven. Se impone una pregunta: ¿Vemos a Cristo en la cultura de nuestros días, o estamos ciegos, esto es, estamos sin fe? Con la fe todo cambia, la cultura actual transparentará a Cristo y lo encontraremos por dondequiera como nuestro Salvador.

11. Ciego y mudo (Mt 12,22-23)

Entonces le fue presentado un endemoniado ciego y mudo, y lo curó, de suerte que el mudo hablaba y veía. Y toda la multitud asombrada decía: «¿No será este el hijo de David?».

El mundo de tinieblas encierra en el silencio. El que ve, habla. Da testimonio. Jesús hace ver y hablar, porque sus maravillas no pueden quedarse calladas, sino que prorrumpen en la alabanza del testimonio. Quien ha visto a Jesús en este mundo de la fe tiene la gran obligación de testificar en el mundo actual. Hay tantas veces cobardías disfrazadas de vergüenza y por las que no se atreve el creyente a dar testimonio. No se trata solamente de hablar, sino de hacer que la vida sea una palabra completa de fidelidad a lo que se es. Es hacer la cultura actual transparente de Cristo a través de todos los que creemos en El.

12. Dos ciegos de Jericó (Mt 20, 29-34)

Y al salir de Jericó le siguió una gran muchedumbre. Dos ciegos que estaban sentados al borde del camino oyeron que Jesús pasaba y se pusieron a gritar: «¡Ten compasión de nosotros, Señor, Hijo de David!». La muchedumbre los increpó para que se callaran, pero ellos gritaban más fuerte: «¡Ten compasión de nosotros, Señor, Hijo de David!». Entonces Jesús se detuvo, los llamó y les dijo: «¿Qué queréis que os haga?». Le respondieron: «Señor, que se abran

nuestros ojos». Compadecido, Jesús les tocó los ojos, y al punto recobraron la vista y lo siguieron.

En la petición de estos dos ciegos se resume todo el misterio de Dios en Jesús: "Hijo de David", esto es, Mesías; "Ten compasión", padece nuestras propias enfermedades y sufrimientos. Suplican a Dios que en Cristo se ha hecho Dios con nosotros. La gente se los impide: tantas veces que en la cultura actual se piensa que recurrir a Dios es algo deleznable, propio de gente débil, digno de reprensión pues es perder un tiempo productivo, etc. Reconocen a Jesús como el Mesías: el único que puede dar la solución a su ceguera. La única solución a la ceguera del "pluralismo" mal entendido, es Cristo. Es la única vía de salida. Y la solución no viene desde una dignación "superior" sin comprometerse; sino en el máximo compromiso: Cristo llega a las tinieblas de la muerte para dar la luz de su resurrección.

13. La jorobada (Lc 13,10-13)

Un sábado, enseñaba Jesús en una sinagoga. Había una mujer que desde hacía dieciocho años estaba enferma por causa de un espíritu, y estaba encorvada, sin poderse enderezar de ningún modo. Al verla, Jesús la llamó y le dijo: «Mujer, quedas libre de tu enfermedad». Le impuso las manos, y enseguida se puso derecha. Y glorificaba a Dios.

Se trata de un milagro muy conectado con la disputa sobre la observancia del sábado. Nosotros nos centraremos en el milagro en sí mismo: encontramos por un lado la acción de la mujer; sólo se dice que "había allí", allí estaba; no se dice ni que pida ni que haya ido con el fin de ser sanada; simplemente que allí estaba. Basta la presencia ante el Señor para alcanzar la curación. Por otro lado, nos encontramos con la acción de Cristo que se describe con cuatro verbos: vio, llamó, dijo, impuso. Él se hace consciente del problema, llama a la mujer, lo personaliza; y ahora actúa con su palabra omnipotente: "dijo y todo fue hecho..."; y le impuso las manos como el signo de poder sobre la vida y la muerte, sobre la enfermedad y el sufrimiento.

14. El hidrópico (Lc 14, 1-6)

Un sábado, entró él en casa de uno de los principales fariseos para comer y ellos lo estaban espiando. Había allí, delante de él, un hombre enfermo de hidropesía, y tomando la palabra, dijo a los maestros de la ley y a los fariseos: «¿Es lícito curar los sábados, o no?». Ellos se quedaron callados. Jesús, tocando al enfermo, lo curó y lo despidió. Y a ellos les dijo: «¿A quién de vosotros se le cae al pozo el asno o el buey y no lo saca enseguida en día de sábado?». Y no pudieron replicar a esto.

Según cierta concepción farisaica, la salvación tendría que venir por una rigurosa observancia de la ley mosaica tal como la interpretaban los escribas y fariseos. De acuerdo a estas prescripciones, como el sábado era día de reposo, no se podía trabajar y curar a alguien era hacer un trabajo, por tanto, prohibido. Jesús nos enseña con este milagro lo equivocado que estaban. El Reino nuevo no es observancia irracional de leyes antiguas, sino curación y perdón. Donde hay ayuda, amor, allí está el Reino de Dios. Esto no quiere decir que las leyes sean malas, sino que deben de tener como contenido las formas más adecuadas de servir a Dios y a los demás.

15. Los diez leprosos (Lc 17, 11-19)

Una vez, yendo camino de Jerusalén, pasaba entre Samaría y Galilea. Cuando iba a entrar en una ciudad, vinieron a su encuentro diez hombres leprosos, que se pararon a lo lejos y a gritos le decían: «Jesús, maestro, ten compasión de nosotros». Al verlos, les dijo: «Id a presentaros a los sacerdotes». Y sucedió que, mientras iban de camino, quedaron limpios. Uno de ellos, viendo que estaba curado, se volvió alabando a Dios a grandes gritos y se postró a los pies de Jesús, rostro en tierra, dándole gracias. Este era un samaritano. Jesús, tomó la palabra y dijo: «¿No han quedado limpios los diez?; los otros nueve, ¿dónde están? ¿No ha habido quien volviera a dar gloria a Dios más que este extranjero?». Y le dijo: «Levántate, vete; tu fe te ha salvado».

En este milagro el punto de partida es la súplica que hacen los leprosos. Gritan y quedan a lo lejos, porque les estaba prohibido acercarse. Están seguros de que el Maestro los puede curar. Tienen la fe puesta en El. Estaban marginados del pueblo de Israel, no

tenían a quien recurrir y entonces llenos de esperanza recurren al nuevo Maestro en el que confían plenamente. Sin embargo, ocurre algo que por desgracia es muy frecuente, la ingratitud. Todos fueron curados, pero cuando ya lo están, se olvidan de su estado anterior, ya están bien, y entonces no les preocupa más el Maestro, con excepción de aquel que, como samaritano, estaba fuera del pueblo de Israel. Cristo lo hace notar, y lo haría notar a tantos de nosotros que cuando estamos en necesidad ocurrimos al Señor, pero una vez que ésta pasa, no queremos saber más de Dios.

16. Malco (Lc 22, 50-51)

Y uno de ellos hirió al criado del sumo sacerdote y le cortó la oreja derecha. Jesús intervino diciendo: «Dejadlo, basta». Y, tocándole la oreja, lo curó.

Se trata del arresto de Jesús. Simón Pedro saca la espada y le corta la oreja derecha a Malco, el criado del sumo sacerdote. San Juan es quien nos da los detalles (Jn 18,10-11). Lo que llama la atención en este milagro de curación es su singularidad. Jesús no exige en él la fe. Más aun, quien es beneficiario del milagro no la tiene sino al contrario, viene a arrestar a Jesús como si fuese un malhechor. Es un milagro de plena misericordia, es el perdonar en tal forma a los enemigos que incluso en el acto del mal que le están causando, el arresto, no duda en curar al agredido por Simón Pedro.

17. El hijo del oficial real. (Jn 4,46-54)

Fue Jesús otra vez a Caná de Galilea, donde había convertido el agua en vino. Había un funcionario real que tenía un hijo enfermo en Cafarnaún. Oyendo que Jesús había llegado de Judea a Galilea, fue a verlo, y le pedía que bajase a curar a su hijo que estaba muriéndose. Jesús le dijo: «Si no veis signos y prodigios, no creéis». El funcionario insiste: «Señor, baja antes de que se muera mi niño». Jesús le contesta: «Anda, tu hijo vive». El hombre creyó en la palabra de Jesús y se puso en camino. Iba ya bajando, cuando sus criados vinieron a su encuentro diciéndole que su hijo vivía. Él les preguntó a qué hora había empezado la mejoría. Y le contestaron: «Ayer a la hora séptima lo dejó la fiebre». El padre cayó en la cuenta de que esa era la hora en que Jesús le había dicho:

«Tu hijo vive». Y creyó él con toda su familia. Este segundo signo lo hizo Jesús al llegar de Judea a Galilea.

"El hombre creyó lo que Jesús le dijo". En este milagro de curación lo que aparece como más sobresaliente es la fe del oficial regio. El cree en la palabra del Señor y la palabra despliega toda su eficacia que es una eficacia de dar la vida. Nuestro Señor reprende a aquellos que si no ven los signos palpables no creen, este oficial no ve los signos, sino que escucha sólo la palabra y de esta fe pura se elabora el marco del milagro que Jesús realiza. Es la invitación más fuerte para creer en la Palabra. Jesús es la Palabra del Padre, creer en Él es tener la vida. La actualidad de este milagro significa que se dirige a nosotros y exige nuestra fe de acuerdo a la cual normar la vida concreta en un mundo en el que a veces los signos de otro tipo se oscurecen.

18. El Paralítico de Betzeta. (Jn 5,1-9)

Después de esto, se celebraba una fiesta de los judíos, y Jesús subió a Jerusalén. Hay en Jerusalén, junto a la Puerta de las Ovejas, una piscina que llaman en hebreo Betesda. Esta tiene cinco soportales, y allí estaban echados muchos enfermos, ciegos, cojos, paralíticos. [«que esperaban el movimiento de las aguas; pues el ángel del Señor bajaba de tiempo en tiempo a la piscina y se movía el agua y el primero que descendía a la piscina tras el movimiento de agua quedaba sano de cualquier enfermedad que tuviera».] Estaba también allí un hombre que llevaba treinta y ocho años enfermo. Jesús, al verlo echado, y sabiendo que ya llevaba mucho tiempo, le dice: «¿Quieres quedar sano?». El enfermo le contestó: «Señor, no tengo a nadie que me meta en la piscina cuando se remueve el agua; para cuando llego yo, otro se me ha adelantado». Jesús le dice: «Levántate, toma tu camilla y echa a andar». Y al momento el hombre quedó sano, tomó su camilla y echó a andar.

Para algunos intérpretes de la S. Escritura, los 38 años que llevaba este paralítico esperando ser curado son todo un símbolo que recuerda los 38 años de castigo que el pueblo de Israel duró en el desierto, vagando para llegar a la tierra prometida. Serían a la vez un gran símbolo de los años que nuestro mundo lleva vagando por

el desierto de la lejanía de Cristo, antes de encontrarse con El y poder ser curado de su parálisis para caminar hacia Dios. Hoy se encuentra nuestro mundo postrado en su Secularismo y si quiere, a la vez se encuentra con Cristo y puede levantarse y caminar; pero la condición es "si quiere". Cristo ofrece la posibilidad, la respuesta es de nosotros en nuestro mundo.

19. El ciego de nacimiento (Jn 9,1-7)

Y al pasar, vio Jesús a un hombre ciego de nacimiento. Y sus discípulos le preguntaron: «Maestro, ¿quién pecó: este o sus padres, para que naciera ciego?». Jesús contestó: «Ni este pecó ni sus padres, sino para que se manifiesten en él las obras de Dios. Mientras es de día tengo que hacer las obras del que me ha enviado: viene la noche y nadie podrá hacerlas. Mientras estoy en el mundo, soy la luz del mundo». Dicho esto, escupió en la tierra, hizo barro con la saliva, se lo untó en los ojos al ciego, y le dijo: «Ve a lavarte a la piscina de Siloé (que significa Enviado)». Él fue, se lavó, y volvió con vista.

En este milagro Jesucristo aparece claramente como la luz del mundo. Ver significa creer y también significa el resultado de un juicio: los hombres se dividen entre los que creen-ven y los que no creen-no ven. Cristo es el centro. Aquellos que piensan ver no ven y aquellos que están ciegos, ven. Sin Cristo, los que piensan que ven están en tinieblas, y con Cristo, los que se sienten ciegos en El encuentran la luz y ven. El ciego de nacimiento en este milagro es un símbolo de todos los hombres, estamos ciegos de nacimiento, sólo por la acción de Cristo que nos ilumina podemos ver. Este es el sentido del Bautismo con el cual Cristo nos ilumina y nos saca del pecado de las tinieblas. Tinieblas son los horizontes secularistas según los cuales vive tantas veces nuestro mundo pensando en cambio que tiene la plenitud de la orientación y de la luz. La única luz que hace que todo tenga su dimensión debida y se aprecie así es Cristo. Con El, toda la cultura actual recibe su debida perspectiva y dimensión.

20. Resurrección de Lázaro (Jn 11,38-44)

Jesús, conmovido de nuevo en su interior, llegó a la tumba. Era una cavidad cubierta con una losa. Dijo Jesús: «Quitad la losa». Marta, la hermana del muerto, le dijo: «Señor, ya huele mal porque lleva cuatro días». Jesús le replicó: «¿No te he dicho que si crees verás la gloria de Dios?». Entonces quitaron la losa. Jesús, levantando los ojos a lo alto, dijo: «Padre, te doy gracias porque me has escuchado; yo sé que tú me escuchas siempre; pero lo digo por la gente que me rodea, para que crean que tú me has enviado». Y dicho esto, gritó con voz potente: «Lázaro, sal afuera». El muerto salió, los pies y las manos atados con vendas, y la cara envuelta en un sudario. Jesús les dijo: «Desatadlo y dejadlo andar».

Los amigos de Jesús no mueren. El que cree en El no muere, parece morir, pero es un sueño, su muerte no es definitiva. Este es el sentido de este milagro que culmina todos los milagros que Cristo hace. Milagros que van desde algo material hasta la propia vida. Cristo hace lo que dice ser: El es la resurrección y la vida, y en Lázaro es la resurrección y la vida. El que no cree no acepta la resurrección, más aún, quisiera destruir la misma resurrección: los enemigos de Cristo después de este milagro buscan cómo matar al Señor. Sin embargo, la resurrección ahí está, es inexorable, será para bien o para mal, de acuerdo a la fe que actúa en las obras. Si se tiene esta fe actuante, la resurrección será a la vida; si no, a la muerte eterna. De nuevo todos estamos bajo el juicio de Dios y el juicio es definitivo, el juicio de la fe en la resurrección. Nosotros los cristianos somos para el mundo actual los testigos de la resurrección. Este es el sentido de que nuestra Iglesia es apostólica, esto es, que nuestra Iglesia ha sido enviada para dar testimonio de que la muerte ha sido y es vencida en la resurrección del Señor, y uno de los testimonios previos a la muerte de Cristo más fuertes es la resurrección de Lázaro.

CONCLUSIÓN

Con la presentación de este milagro, cerramos la presentación de la serie de milagros que el Señor ha llevado a cabo en el ámbito de la salud. Hemos elegido los más significativos, primero de acuerdo a los evangelistas sinópticos, y luego los signos que San

Juan nos narra al respecto en su Evangelio. Todo ello se ha pensado como una modesta colaboración del Pontificio Consejo para la pastoral de los profesionales de la salud a la evangelización del mundo de la salud, vía internet. Han sido pequeños comentarios, que aspiran a ser prácticos para la consideración, a veces demasiado veloz, de los usuarios de internet. Ojalá sean de algún provecho.

+ Javier Lozano Barragán
*Presidente del Pontificio Consejo
para la pastoral de los profesionales de la salud*

Fuente:

https://www.vatican.va/roman_curia/pontifical_councils/hlthwork/documents/rc_pc_hlthwork_doc_23041997_gospel_sp.html